

MUY PEQUEÑO

DOMINGO

Querido diario:

Hoy he ido yo a por agua. Khaled no acaba de fiarse de mí porque dice que el cubo lleno pesa mucho y yo soy muy pequeño. ¡Y eso que solo me lleva dos años! Pues he podido llevarlo perfectamente, y no ha habido ningún problema. Antes lo llevaba y traía mamá, pero desde que se puso mala mi hermano y yo nos vamos turnando. No es que no se pueda mover, ella puede andar y eso, pero como la fuente está muy lejos, preferimos que se quede en la tienda. Así no se cansa y puede mejorarse.

En la cola del agua, esperando con el cubo vacío, me he enterado de una cosa. Esta mañana han llegado refugiados nuevos, y han avisado de que los guerrilleros estaban muy cerca del campo. “¡Demasiado!” decía Mazen. Siempre está diciendo que van a llegar con sus rifles y sus bombas y van a acabar con nosotros. Luego ha dicho que varios de los policías que normalmente guardan la valla han salido para comprobarlo, y que estarán fuera unos días. Eso sí me ha interesado más.

Se lo he contado a Khaled, y le he dicho lo que siempre le digo: que tenemos que hacer algo por mamá. Una vez le escuché a un hombre (sí, también cuando estaba en la cola del agua), que hay una mujer al oeste a la que llaman la Curandera, y que no está muy lejos. Decía que tiene muchas medicinas y mucha comida, pero que para que te las dé tienes que llegar a ella, y no todo el mundo puede.

Khaled dice que eso es muy difícil. Es casi imposible salir del campo porque hay vallas y guardias, y si lo consigieras, allí fuera no sabes lo que hay, puedes encontrarte con los soldados y que te maten porque sí. “Es mejor esperar a que el hospital traiga las medicinas. Lo otro es demasiado arriesgado” dice siempre. Y como es el mayor, él lleva la razón.

Yo solo espero que mamá se ponga mejor. Hoy no ha vomitado, no sé si porque está mejorando o porque no ha comido nada. Nos han dado la ración como todos los días, pero ella ha preferido regalársela a Ghada, nuestra vecina. Ella está muy mal, no puede levantarse del suelo y su hija es la que tiene que hacerlo todo. Mamá nos dice que mejor no nos acerquemos mucho, porque las enfermedades son como pulgas que saltan de un perro a otro y se contagian sin que nos demos cuenta. Y si no, que se lo digan a ella.

LUNES

Querido diario:

Hoy mamá no se ha levantado muy bien. Ha despertado con un charco de sangre en el suelo, a su lado. Se lo he limpiado como he podido, le he puesto un trapo con agua en la frente y he ido al hospital, a ver si podían hacer algo por ella. Un voluntario me ha mirado con cara de pena, me ha dicho que intentarían mandar a alguien y luego me ha pedido que volviera a casa, que estaban desbordados de trabajo. Y ojalá pudiera volver a casa.

Suelen ayudarnos mucho, los voluntarios. El problema es que somos demasiados en el campo, demasiados refugiados. Intentan ayudar, y lo hacen bastante bien, pero no llegan. No ha venido nadie a ver a mamá. No había medicinas para ella, solo pulgas que saltaban por su cuerpo, de un lado para otro, ¡bimba! ¡bum! ¡pom!

Cuando Khaled ha llegado con el cubo lleno de agua se lo he dejado muy claro: hay que hacer algo. Él ha mirado la cara que tenía mamá, el sudor que le caía por la nariz y la sangre que otra vez había en el suelo.

“Sí” ha dicho.

Mi hermano y yo hemos hecho un plan. Según dijo Mazen ayer, algunos policías salieron del campo y fueron a ver si había soldados demasiado cerca de nosotros. Por eso, no habrá tantos policías vigilando la valla. Hemos ido a verla, y hemos encontrado una zona que no estaba vigilada. Al mediodía, cuando casi todo el mundo va a por las raciones, hemos cavado como un túnel por debajo de la valla. Aunque mi hermano y yo somos bastante bajitos y delgados, hemos hecho un túnel grande, para que no haya problemas. Esa valla no se puede escalar, porque arriba tiene unos pinchos y tiene corriente. No podemos salir de aquí después de llegar al campo, porque desde que entramos dependemos de ellos.

Hemos tapado el túnel, y Khaled se ha quedado cerca todo el día, por si acaso. Yo después he ido a ver a Hala, la hija de Ghada, y le he hecho una oferta: tú cuidas de nuestra madre durante unos días y a cambio te quedas con nuestras raciones de comida.

Al principio no ha querido, pero luego ha acabado diciendo que sí. Una ración te suele dejar con un poco de hambre, y si te encargas de todo como ella, todavía más.

Cuando se han ido todos a dormir hemos preparado unas bolsas con tela como esta en la que escribo. Hemos metido toda la comida que teníamos guardada (que hay que decir que no era mucha) y dos o tres cosas más. Le hemos dicho a mamá que íbamos a ir a un sitio durante un tiempo, que no se preocupara, que Hala la cuidaría. Creo que si hubiera estado mejor no nos habría dejado ir, pero estando como estaba sólo movió la cabeza. No quiero dejarla, pero si no encontramos sus medicinas se pondrá peor.

No creo que duerma esta noche.

MARTES

Querido diario:

Hoy nos hemos levantado antes de que saliera el sol. Le hemos dicho adiós a mamá y hemos ido hacia el túnel. Cuando hemos llegado había un guardia a lo lejos que andaba de un lado para otro. Hemos tenido que esperar un rato hasta que se ha ido a otro sitio. Luego hemos cruzado el túnel arrastrándonos por la tierra y hemos salido al mundo exterior. Dentro de lo que cabe, hemos tenido suerte.

Según escuché del hombre que hablaba sobre la Curandera, ella vive cerca de la gran Alepo, unos kilómetros antes de llegar a la ciudad. Andamos hacia allí.

No hemos visto a nadie, ni a soldados, ni a los policías del campo. Solo arena y arbustos. El sol ha calentado bastante, pero estamos acostumbrados. Solo hemos hablado cuando hemos parado a comer, y no se ha escuchado nada más que el viento. Parecía como si no hubiera nada, nada y nosotros.

Ahora es de noche, Khaled está dormido en el suelo, sobre una manta. Yo estoy montando guardia. Me pregunto cómo estará mamá, y si Hala la habrá cuidado de verdad. Siempre ha sido buena con nosotros, pero nunca se sabe.

Mi hermano no cree que sea capaz de coger un cubo de agua lleno porque dice que soy muy pequeño. Pero la verdad es que yo me siento muy mayor. Muy, muy mayor.

MIÉRCOLES

Querido diario:

Hoy hemos seguido andando.

Cuando hemos parado a comer, Khaled me ha preguntado qué era lo que escribía ayer por la noche. Yo pensaba que estaba dormido, pero por lo visto mi hermano es más inteligente. Le he dicho: "Una carta".

Luego me ha preguntado que para quién era, y yo no he sabido qué responderle. Lo ha dejado estar. Me he quedado pensando en ello, pero todavía no veo una respuesta.

Por lo demás, no ha pasado nada interesante.

JUEVES

Querido diario:

Hoy hemos seguido andando, y unas horas antes de mediodía hemos visto, entre dos montañas de piedra amarilla, una casa. En realidad, se parecía más a una cabaña muy grande, y lo que sí que estaba claro era que no pintaba nada allí. Khaled y yo nos hemos mirado y nos hemos puesto a correr hacia ella. De cerca parecía un enorme gigante de madera. Hemos tocado en la puerta, y una voz desde dentro nos ha gritado que pasáramos, que estaba abierta.

El interior era mucho más raro. Había muchas estanterías y cajones pegados a las paredes, con muchos botes, libros y cosas que yo no había visto en mi vida. Miraras donde miraras, encontrabas papeles, pergaminos, plumas, tinteros, mesas (sí, había muchas mesas una al lado de la otra, como si juntas hicieran un muro para todo aquel que entrara por la puerta) y más y más cosas. Una mujer mayor, con un solo pelo en la cabeza que a mí me pareció al principio calva, nos gritó desde una esquina:

“Pasad, pasad, podéis quitar las mesas”.

Nosotros hicimos lo que nos había dicho. Se acercó, agachó la cabeza casi calva y nos dijo:

“Soy Orpa, aunque probablemente me conozcáis más por la Curandera. Y bien, ¿qué queréis vosotros dos? Sois demasiado jóvenes como para ir deambulando por ahí”.

No sé lo que significa deambulando, pero creo que dijo eso.

Mi hermano le explicó que veníamos de un campo de refugiados al este de allí, pero la mujer, moviendo la mano como si estuviera limpiando polvo, lo cortó y dijo:

“Sí, sí, ya lo sé. Lo he visto en mi bola de cristal”. Con la mano que movía mucho cogió una bola, la de cristal que había dicho.

“La pregunta es, ¿qué queréis? ¿Aquello que todo cura, o aquello que tan solo cura a vuestra madre?”.

Mi hermano abrió la boca para hablar, pero ella volvió a cortarlo:

“¡Tienen precio!” dijo con una sonrisa tan rara como su cabaña. Siguió: “Nada es gratis, corazones, por todo hay que pagar. Pero es un precio muy asequible. Un único pelo por una gota del liquidito que salva a vuestra querida madre. Todo su pelo” dijo señalándome “por todos los frascos que tu madre necesita para curarse y tener una vida sana y esplendorosa”.

“¿Y por lo que todo cura?” pregunté. Su sonrisa empezaba a no gustarme mucho.

“Ali o Khaled, Khaled o Ali. Cualquiera de los dos me vendría bien”.

“¿Qué significa eso?” preguntó mi hermano.

“Significa que si queréis aquello que todo cura, uno de los dos se quedará conmigo” dijo, y empezó a reírse.

Nos miramos, los dos con miedo. Ninguno quería separarse del otro, no volver a ver a mamá y tampoco quedarse allí con esa mujer. Podríamos haber pensado en todas las personas a las que ayudaríamos, en las vidas que salvaríamos, o incluso en Ghada y su hija Hala, que empezarían a vivir. Pero éramos niños, somos niños. Niños que se sienten mayores porque se ven obligados, pero niños al fin y al cabo. Y realmente no entiendo lo que digo, no entiendo nada, pero siento, y lo que sentí en ese momento no era bueno. No me iba a quedar allí con la Curandera, Orpa o la Loca Casi Calva.

Ahora, encima de la manta y del suelo, con la cura de mamá en la bolsa y la cabeza como la bola de cristal, pienso, y veo. Me veo a mí, un niño sin casa, sin causa que entienda. No comprendo este mundo, ni sus reglas, ni su forma de ser. No sé por qué Orpa nos pone precio, por qué en el campo no hay suficiente de nada. Por qué somos nada y nosotros. Pero soy demasiado pequeño para entenderlo. ¿Soy demasiado pequeño para llevar el cubo de agua lleno? Sí, pero no para llenarlo. No lo entiendo, pero vivo en ello.

VIERNES

Hoy vamos de vuelta hacia el campo. Hemos parado a comer, y le he pedido a mi hermano que espere y descanse un rato, tenía ganas de escribir ahora. Desde que empezamos a caminar de nuevo he escuchado disparos, como si la guerra no estuviese lejos de aquí. De vez en cuando se oye alguna bomba y gritos que trae el viento. Tengo miedo. Sabía que los soldados podían estar cerca, ya lo dijo Mazen, pero la verdad es que nunca he tomado muy en serio a ese hombre. Aun así, sé que Khaleen está aquí, él sabrá que hacer, él siempre lo sabe.

No nos queda mucha comida, las bolsas llevan sobre todo la cura de mamá. Espero que esté bien, y que todavía no se haya ido con papá. Hala la ha cuidado bien, seguro que sí. Si nos damos prisa, mañana por la mañana podremos llegar al campo y curarla. Mañana todo estará bien.

SÁBADO

Tendría que haberlo sabido. Lo ha escrito él mismo, él esperaba que yo hiciera algo, que supiera qué hacer. Y lo oí, pero no le presté atención. ¿Y cómo iba a saberlo? Vamos, Khaled, lo escuchaste, sabías que pasaría. Oíste lo que dijo Mazen, oíste los disparos, sabías que llegarían rápido, que en cualquier momento aparecerían y todo acabaría así. Viste esto, este diario, esta carta al mundo, y no pensaste en leerla, no te preocupaste por él.

Yo quería ayudarte, Ali, de verdad que quería, pero no supe, no pude. Ahora lo leo y lo entiendo todo. Sé que querías a mamá, y lo diste todo por ella, y eso es algo que te agradeceré siempre. Sé que sufriste como nadie, y que yo no fui capaz de verlo. Sé que llenaste el cubo, el cubo de las lágrimas, y que tuviste que cargar con él. Sé que sentías que no tenías nada, que eras tú contra esa nada, y que no pudiste. Sé que eras un niño, un niño encerrado en un cuerpo de hombre. Sé que no pudiste soportar perder a mamá. Sé que me querrás siempre, y que me protegerás desde tu trono con mamá y papá. Y sé que nunca aceptaste del todo esta vida de huidas y hambrunas. Lo que no esperé es que, por tu mano, fueras a abandonarla.